parte que le cupo en aquellos triunfos y tomas de lugares escrita está en cierta lápida coetánea sobre una de las puertas de la ciudad (1). Al morir Alfonso en 1230, fué la más constante en sostener el partido de las infantas Sancha y Dulce instituídas herederas por su padre, hasta verlas avenidas con su hermano, y en resistir mientras pudo la reunión de la corona leonesa con la castellana.

Sin embargo, el obispo que la gobernó desde 1239 hasta 1254, primero del nombre de Pedro, lleva en su losa sepulcral el distintivo de *familiar* del gran rey Fernando conquistador de Sevilla. Sucedióle en la dignidad Suero Pérez, cuyo largo régimen ilustró el prodigioso hallazgo del cuerpo de San Ildefonso en la parroquia de San Pedro, y perturbaron por otra parte ruidosas contiendas con los jueces y el concejo, llegando éstos al extremo de derribar violentamente las casas de los canónigos y del mismo prelado (2). En los siglos posteriores la silla de Zamora sirvió con frecuencia de escalón para los más altos puestos metropolitanos, y en el XIV Pedro Gómez Barroso, en el XV Juan de Mella, en el XVI Rodrigo de Castro llegaron á vestir la púrpura cardenalicia; pero ni los títulos, ni ciencia, ni virtudes hicieron á ninguno de ellos tan célebre como al comunero Acuña sus proezas y sus desgracias (3).

---

(1) La puerta se llama de Olivares ó del Obispo, y la inscripción colocada á la parte afuera dice así: *Era millesima ducentesima sexagesima octava Alfonsus rex Legionis cepit Caceres et Montanches et Meritam et Badalloz et vicit Abemfuit regem Maurorum qui tenebat viginti millia equitum et LX millia peditum, et Zamorenses fuerunt victores in prima acie, et eo anno ipse rex VIII kls. octobris obiit et regnavit annis XLII et eo anno factum est hoc portale.* Tuvo tanto eco en Zamora la victoria de Mérida, que según el Tudense corrió allí la voz de haber visto á San Isidro con otros santos acudir apresuradamente á la batalla.

(2) En 1281 corría la causa sobre dichos atropellos.

(3) Desconfiando de las inexactitudes tan frecuentes en Gil González Dávila, con los datos que se nos hizo el obsequio de remitir desde Zamora, logramos formar el siguiente episcologio desde los tiempos de San Atilano, quien, como atrás indicamos, murió hacia el año 915.—Juan floreció de 916 á 926. — Dulcidio de 927 á 947.—Domingo de 960 á 968.—Juan II de 970 á 979.—Salomón en 985 y 986. La existencia de un obispo Gomesano ó Gómez introducido por Dávila al tiempo de la restauración de Zamora ó antes en 1042, carece de fundamento.—Jerónimo obispo titular de Valencia, de 1102 á 1124.— Bernardo, *primus episcopus de modernis* según el epitafio, hasta 1149.— Esteban hasta 1174. — Guillermo hasta 1191. — Martín Arias, renunció en 1210 y murió trece años después.—Martín Rodríguez, trasladado á León en 1237. — Segundo Segúndez mencionado en 1238. — Pedro I hasta 1254. — Suero Pérez hasta 1286. — Pedro II hasta 1302.—Gonzalo Rodríguez Osorio, asistió en 1310 al concilio de Salamanca sobre la extinción de los Templarios.—Rodrigo desde 1321 hasta 1339. — Pedro Gómez Barroso trasl. en 1351 á Sigüenza y después á Sevilla. — Alonso Fernández de Valencia hasta 1365.—Martín de Acosta trasl. á Lisboa en 1371.—Alvaro, comisionado por Enrique II para reconciliar á su hija Leonor con Carlos III de Navarra su marido, m. en 1395.—Alonso de Ejea trasl. de Ávila y promovido en 1403 á Sevilla. —Alonso de Illescas trasl. en 1413 á Burgos.—Diego Gómez de Fuensalida enviado al emperador Sigismundo para tratar de la unión de la iglesia, m. hacia 1426. —Fray Martín de Rojas dominico, hasta 1428. — Pedro Martínez, hasta 1438.—Juan de Mella natural de Zamora, nombrado cardenal hacia 1456, murió en Roma en 1467 electo obispo de Sigüenza.—Rodrigo Sánchez de Arévalo trasl. de Oviedo en 1467, y en 1468 promovido á Calahorra y después á Palencia. — Juan de Meneses, hasta 1594.—Fray Diego de Deza dominico, trasl. en 1496 á Salamanca y sucesivamente á Palencia, á Jaén y á Sevilla.—Diego Meléndez Valdés trasl. de Astorga, residió y murió en Roma en 1506.— Antonio Acuña, ajusticiado en Simancas en 1526. - Francisco de Mendoza trasl. á Palencia en 1534. — Pedro Manuel de Castilla trasl. de León y promovido en 1546 á Santiago. — Antonio de Águila trasl. de Guadix, m. en 1560. — Alvaro de Moscoso trasl. de Pamplona, m. en 1564.—Juan Manuel y la Cerda, trasl. en 1572 á Sigüenza. — Rodrigo de Castro promovido en 1577 á Cuenca y después á Sevilla.— Diego de Simancas trasl. de Ciudad-Rodrigo, m. en 1583. - Juan Ruiz de Agüero autor de un tratado contra comedias, m. en 1595. — Fernando Suárez de Figueroa trasl. de Canarias, m. en 1608.—Fray Pedro Ponce de León dominico, trasl. de Ciudad-Rodrigo, renunció en 1615.—Juan de Zapata Osorio, m. en 1621. — Fray Juan Martínez de Peralta monje jerónimo, promovido á Zaragoza en 1624. — Fray Plácido de Tosantos benedictino, m. á los tres meses en 1624. — Juan Roco Campofrío, trasl. en 1626 á Badajoz y después á Coria. — Juan Pérez de Laserna trasl. de Méjico, m. en 1631. — Diego de Zúñiga Sotomayor antes obispo de Orense, m. en 1637. —Juan Coello de Ribera, que en 1642 con sus clérigos y frailes defendió la ciudad contra los portugueses, trasl. á Plasencia en 1649, permaneció en Zamora hasta 1653 no habiéndose presentado el electo fray Martín de León y Cárdenas. —Antonio Payno, antes de Orense, promovido en 1658 á Burgos y luégo á Sevilla. —Fray Alonso de San Vítores benedictino, antes de Orense, m. en 1660 en opinión de santidad.—Pedro Gálvez, m. en 1662. — Lorenzo de Zúñiga Sotomayor, m. en 1666.—Antonio Castañón, antes de Ciudad Rodrigo, m. en 1668.—Dionisio Pérez Escobosa, antes de Mondoñedo, m, en 1671. — Juan de Astorga Rivero, m. en 1679.— Fray Alonso de Balmaseda, agustino, trasl. de Gerona, m. en 1684. —Fray Antonio de Vergara dominico, antes arzobispo de Manila, m. en 1693.— Fernando Manuel, promovido á Burgos en 1702. — Francisco Zapata Vera, m. en 1720.—José Zapata Vera, m. en 1727.—Jacinto Arana, m. en 1739. - Fray Cayetano Benítez de Lugo dominico, m. al mes y medio en 1739.—Onésimo de Sala-



De las cortes que tuvo en Zamora Alfonso el Sabio por el mes de Junio de 1274, queda el ordenamiento expedido sobre abreviación de los pleitos; y sin embargo, duró más que su reinado el que sobre el ejercicio de la jurisdicción episcopal

dentro de la ciudad, en Bamba, Sanzoles, Manganeses y otros lugares de la mitra, venía debatiéndose con el concejo desde el tiempo de Alfonso IX. Con diez ricos-hombres leales y decididos como su primo Fernán Pérez Ponce (1), tan rígido censor de su flaqueza como firme sostén en su desgracia, otra hubiera sido la suerte del abandonado monarca; pero Zamora, no tan fiel como el magnate, ni tan sometida cuanto era de creer á su influencia, se dejó arrastrar por las promesas del rebelde príncipe ó intimidar por las amenazas de su hermano, el perverso D. Juan, que con ellas logró rendir el alcázar. Teníalo D.ª Teresa Gómez, mujer de Garci Pérez Chirino; y al ver alzada la cuchilla contra su tierno niño que en las afueras se criaba, no se halló ¡pobre madre! con el valor heróico de arrostrar, como más tarde Guzmán el Bueno, las iras del bárbaro sitiador. Cuando la muerte y el perdón del anciano rey abrieron al ambicioso Sancho la vía al trono, Fernán Pérez pasó á servirle como al padre, en vez de prolongar disturbios civiles de que sólo habían de sacar partido los reinos extraños; y á su solicitud fué confiada la crianza del heredero de la corona, del pequeño Fernando, atendiendo por otra parte en la elección de esta residencia «al saludable cielo de que goza la ciudad y á la fertilidad y regalo de su comarca (2).» Estas circunstancias y

manca, promovido en 1752 á Granada y después á Burgos. — Jaime Cortada, promovido en 1753 á Tarragona. — José Gómez, m. sin residir en 1754. — Isidro Alonso Cabanillas, m. en 1766.—Antonio Jorge y Galván, promovido á Granada en 1776.—Manuel Figueredo, trasl. á Málaga en 1785.—Fray Angel Molinos dominico, m. en 1786.—Antonio Piñuela Alonso m. en 1793. — Ramón Falcón de Salcedo, trasl. en 1803 á Cuenca.—Joaquín Carrillo Mayoral, m. en 1810.—Pedro Inguanzo y Rivero, promovido á Toledo en 1824. — Fray Tomás de la Iglesia y España dominico, m. en 1834.—Miguel José de Irigoyen electo en 1847, trasl. en 1850 á Calahorra.—Rafael Manso, antes obispo de Mallorca, m. en 1862.—Fray Bernardo Conde premonstratense, antes de Plasencia, m. en 1880.—Tomás Belestá, actual obispo. Como se habrá notado, desde el siglo XIV acá más de una tercera parte de prelados fueron promovidos á otra silla, á metropolitana casi todos.

(1) Érale primo por su madre Aldonza Alfonso, hija natural de Alfonso IX, y por línea paterna tataranieto del conde Ponce de Cabrera, cuya hija Sancha casó con Vela Gutiérrez, bisabuelo de Fernán Pérez.

(2) MARIANA, lib. XIV, cap. X.



la necesidad de acudir á las inquietudes que sembraba el infante D. Juan por aquellas tierras vecinas á su pretendido reino de León, atraían á Sancho IV hacia Zamora; y recuerda una de sus estancias la venerada imagen de la Virgen de la Iniesta, que se dice halló cazando en el sitio donde está su templo á una legua de la ciudad: al menos el privilegio de la fundación del lugar habla de prodigios obrados y de mercedes recibidas (1).

No estuvo exenta de vacilaciones y trastornos la obediencia que prestó á Fernando IV en su menoría la ciudad que le había criado. Ocupó á nombre de D. Juan el alcázar Pelayo Gómez, cuñado de aquella á quien se le había tomado por medios tan atroces; introdújose por otro lado en la plaza el infante D. Enrique, coloreando con pretexto de justicia sus venganzas (2); y hasta el adelantado Pedro Ponce no siguió las fieles huellas de su difunto padre Fernán Pérez. Reunidas allí en Julio de 1301 las cortes de León, Galicia y Asturias, mientras funcionaban aparte en Burgos las de Castilla para evitar choques y peleas entre los partidos, dictaron medidas de represión contra los malhechores y medios de indemnizar de sus robos y quemas á los concejos. No menos alcanzaron á Zamora los disturbios de la siguiente menor edad de Alfonso XI: los infantes D. Juan Manuel y D. Felipe se disputaron encarnizadamente la posesión

(1) Cítase un privilegio dado en Valladolid á 1.º de Agosto de 1290 que contiene las siguientes cláusulas: «Por gran voluntad que avemos de fazer bien e ayuda á la iglesia de Sta. Maria de la Iniesta por muchos milagros que nuestro señor J. C. en aquel santo lugar fáze, e conosciendo quantos bienes e quantas mercedes rescibimos siempre de ella e esperamos á rescibir, damosle e otorgamosle que aya hi doce pobladores que pueblen en este lugar con Juan Bartolomé clérigo que hi es agora... e que sean quitos de todo pecho e de todo pedido... e que no sean de los que han cavallo e armas e tienda redonda... e que sean vasallos de la iglesia.» El lugar no ha crecido mucho desde entonces. La actual iglesia no es ciertamente la que entonces dirigió el maestro Pero Vázquez, según el señor Fernández Duro, que con razón deplora la reciente desaparición del primoroso retablo, donde se veían arrodilladas las efigies de D. Sancho y de su insigne esposa.

(2) Cuatro vecinos los más ricos y más honrados, que nombra la *Crónica*, huyeron á Toro por aviso de la reina D.ª María, y enfurecido D. Enrique de que se le hubiesen escapado, mandó matar á Juan Gato, alcalde que había sido del rey, y á Esteban Elías.

del alcázar; y al faltar la venerable reina que había sido ángel tutelar de tres reinados, faltó equilibrio y freno al ambicioso triunvirato de los tutores, hasta que el rey, mancebo apenas, revindicó para sí la mal parada autoridad. Pero por más muestras que diera de gobierno personal tal vez con exceso, el descontento público deploró como continuación de los abusos de la regencia los de la privanza concedida por el inexperto soberano á Álvar Núñez Osorio: y Zamora fué de las primeras ciudades sublevadas contra el valido por el prior de San Juan Fernán Rodríguez. No se lo tomó á mal Alfonso XI una vez desengañado, y recompensóselo con frecuentes visitas y mercedes. Allí, después de hacerlo en Burgos y en León, reunió en 1342, al tratar de la conquista de Algeciras, á los ricos-hombres que le habían ofrecido las alcabalas, y en todos sus triunfos contra los moros de Andalucía le siguió muy de cerca la enseña zamorana.

En aquellas tierras principalmente se agitó la terrible y porfiada lucha del desatentado rey D. Pedro con su propia familia coligada para hacerle entrar en razón, por espacio de tres años, desde el rompimiento con su ayo Juan Alfonso de Alburquerque hasta el sangriento desenlace de Toro. De estos trastornos sacó Zamora nombradía y galardón de leal; y no sin honda repugnancia, al ver aclamado por el reino entero al bastardo Enrique en 1366, consintió en remitirle su homenaje, que luégo retiró, desairada por brusca acogida. En su alcázar tremolaba el pendón de D. Pedro aun después de la tragedia de Montiel... pero no, era el pendón de Portugal, á cuyo rey pretendía entronizar en Castilla Fernando Alfonso, nieto del revoltoso infante D. Juan el de Tarifa (1), el cual dándose la mano

(1) Su padre Alfonso, hijo de primer matrimonio, era hermano de D. Juan el Tuerto que lo era de segundo. Casó Fernando Alfonso con hija legítima de Alfonso IV, rey de Portugal, y se llamó de Zamora por las huestes que acaudillaba y representación que tuvo en la ciudad, de la cual era obispo su hermano Alonso Fernández de Valencia. De la villa de Valencia de D. Juan, de la cual había sido señor el infante, tomaron apellido los descendientes de Fernando



con Men Rodríguez de Sanabria y con D. Fernando Castro el de Galicia, mantenía á disposición del extranjero, con achaque de fidelidad al difunto, aquella áspera frontera. Acudió Enrique II á sitiar la ciudad, y entrándose adelante por el país enemigo á devolverle estragos por estragos, dejó á Pedro Fernández de Velasco el cuidado de rendirla, lo cual no se logró sino al tercer año, después de preso en una salida Fernando Alfonso, y mediante inteligencias con los sitiados. Grave borrón se le añadiera al vencedor fratricida, si fuese verdad que á trueque de recobrar la fortaleza se manchara, él ó los suyos, con la sangre de tres niños inocentes, hijos del alcaide Alonso López de Tejeda, ilustre salmantino, que pospuso el cariño de padre al honor de caballero (1).

Al siguiente año de 1372 instalóse en Zamora el rey Enrique para dirigir la guerra que acababa de renovarse y hacer desde allí nuevas entradas en Portugal; estancia menos angustiosa que la que hizo en aquellos muros su hijo Juan I, tratando

Alfonso, que murió expatriado en Portugal, y con este apellido reaparecen un siglo más adelante en el segundo sitio de Zamora, siempre en favor de los portugueses.

(1) El fundamento principal de este suceso, tan injurioso á la memoria de D. Enrique, que el silencio de la *Crónica* no alcanza á desmentir, como á probarlo tampoco meras relaciones heráldicas ó de familia, consiste en una tabla colgada, según noticias, en una capilla del claustro de San Francisco de Salamanca, que decía así: «Aquí yacen los tres mártires inocentes, fijos de Alonso Lopez de Tejeda y de D.ª Inés Alvarez de Sotomayor, los quales mártires fueron degollados por mandado del rey D. Enrique, porque el dicho Alonso Lopez su padre le defendió á Zamora que tenia por el rey D. Pedro su hermano. Y aunque despues le fué entrada por fuerza de armas e le fueron tomados estos inocentes que se criavan en la ciudad, y degollados, él no quiso entregar el alcázar al qual se retrajo con alguna gente, y lo defendió, hasta que muerta toda de hambre y de pestilencia, se salió una noche con las llaves y se pasó en Portugal. Muerto ya el rey D. Pedro, no quiso volver en Castilla en tiempo del rey Enrique, aunque le perdonó.» En la fecha había error, así leyendo era MCCCCV equivalente al año 1367, como año 1397 según trae absurdamente González Dávila: en el relato hay confusión y muchos asideros para impugnarla. Trabajo cuesta creer que sea todo fábula, y trabajo reconocerlo todo por verdad, y explicar en uno y otro caso la exposición pública de este padrón durante tantos siglos, sin más dato que lo confirme. Del padre decía otra tabla que, al tiempo de morir D. Pedro, era electo maestre de Santiago, y que lo redujo á su servicio el rey Juan I, muriendo en 1404 colmado de honores y mercedes.

de reparar sus fuerzas quebrantadas en Aljubarrota y de concertar paces con los ingleses para deshacer su formidable liga con los vencedores lusitanos. En las turbulencias consiguientes á la menor edad de Enrique III temió Zamora caer en manos del revoltoso duque de Benavente, que andaba en secretos tratos con Portugal y cuyo partido mal encubiertamente sostenía Nuño Martínez de Villaizán, alcaide del Castillo: y aunque el arzobispo de Toledo acudiendo como pacificador logró que se le entregase la fuerte torre de la catedral para prevenir toda sorpresa, todavía osó acercarse á las puertas el hijo bastardo de Enrique II con la esperanza de que se las abrirían sus valedores. Fué preciso obtener con blandura del alcaide Villaizán que traspasara el castillo á Gonzalo de Sanabria, y al joven rey trasladarse con su corte á la amenazada ciudad, á fin de sosegar los ánimos y de conjurar el peligro exterior, concluyendo treguas á cualquier precio con los portugueses; pero la prisión del arzobispo de Toledo, efctuada dentro de palacio por sus compañeros de gobierno que le acusaban de connivente con el duque, llenó la población de inquietud y escándalo, y tendió sobre ella y sobre otras ciudades la fúnebre sombra del entredicho.

Tres veces reunió cortes en Zamora Juan II; en 1427 continuando las de Toro, en 1432 para que juraran al príncipe D. Enrique los procuradores de Galicia, y en 1436 si no está equivocada la fecha. Sucesos notables no los tuvo la ciudad en este largo reinado ni en el siguiente, aunque no podían menos de mover ó fomentar banderías en su seno las agitaciones del estado: tales fueron las querellas, que complicadas con rivalidades de pueblo á pueblo, armaron á zamoranos contra toreses y ensangrentaron los campos de Valdegallina en 13 de Agosto de 1472. Acaudillaban á los de Toro, gente de caballo casi toda, Juan de Ulloa que los dominaba y el alcaide de Castro Nuño, famoso aventurero terror de la provincia; los de Zamora, peones en su mayor número, cada cual con un cardo por divisa



y tomando por patrón á San Ildefonso, marchaban en pos del estandarte rojo tremolado por Rodrigo de Tejeda. La victoria á costa de muchas muertes quedó por los últimos, y se perpetuó en sarcásticos cantares y sirvió de estímulo para más ilustres hazañas la memoria de esta refriega (1).

No parece que Zamora militase compacta y unánime á la sazón: había en ella un partido poderoso á las órdenes de Alonso de Valencia, alcaide de su castillo, descendiente por línea recta del infante D. Juan el de Tarifa (2), el cual debía entenderse con Juan de Ulloa si hemos de juzgar por el común empeño desplegado tres años después por entrambos á favor del rey de Portugal. En vano Fernando el Católico, al pasar en la primavera de 1475 á asegurarse de la ciudad, se lisonjeó de atraer á su servicio al noble alcaide por una hermana suya cuñada del cardenal Mendoza: preponderó en el ánimo de Alonso el influjo de su primo, marqués de Villena, y al acercarse éste con cuatrocientos caballos á nombre de la princesa D.ª Juana, abrióle en-

(1) Al fin de la crónica de Enrique IV dícese que había una nota copiada al parecer de mano de Florián de Ocampo, que decía así: «Martes XIII dias de agosto año de MCCCCLXXII fué la batalla que hicieron los cavalleros, escuderos y ciudadanos de Zamora con Juan de Ulloa y contra el alcaide de Castronuño, Pedro de Mendaña y sus valedores en el Val de la Gallina: era la gente del dicho Juan de Ulloa y sus allegados DXL lanzas e peones pocos; eran los de Zamora CLXX de cavallo y peones de hombres hijosdalgo de cuenta e ciudadanos, por todos DCCC poco mas ó menos, e al cavo plugo á Dios que vencieron los de la ciudad de Zamora e prendieron muchos de los contrarios, e Francisco Garcia notario doy fe que lo ví y fuí presente á todo ello.» En la fecha hay equivocación, pues el 13 de Agosto de dicho año no fué martes sino jueves. Rodrigo de Tejeda, llamado también de Olivares porque moraba y tenía su hacienda en la puebla de aquel arrabal, fué el héroe de la jornada, y entre él y su caballo cuéntase que sacaron treinta y tres heridas. La historia manuscrita de Novoa, de donde sacamos estas noticias, trae una alocución dirigida en 1475 por el comendador Pedro de Ledesma á los zamoranos para animarlos á echar á los portugueses, en que les recuerda la *tan sangrienta batalla* que ganaron *contra aquellas soberbias gentes Tauritanas*, y cita tres versos de un canto popular:

Juan de Ulloa el tresquilado,
Vate al Val de la Gallina,
Verás como pica el cardo.

(2) Era Alonso de Valencia quinto nieto del Rey Sabio y tercer nieto de Alonso IV de Portugal, cuya hija María casó con Fernando Alonso su bisabuelo; llevaba como su abuelo y su padre el título de mariscal de Castilla.

trada por una puerta que tenía á su cargo, un domingo 16 de Julio. Hasta las torres del puente confiadas por el rey Fernando al leal Francisco de Valdés, caballero de su casa, tuvo que abandonarlas éste por intriga y engaño de su tío Juan de Porras, hombre de grande ascendiente, consejero del difunto Enrique IV y vendido á D. Juan Pacheco. Con esto se convirtió Zamora en corte de la Beltraneja puesta allí bajo la custodia de los esposos Lope de Almada y Beatriz de Silva su aya y camarera, y en cuartel general de los portugueses, que más bien que por su sobrina había lanzado en provecho propio el rey D. Alonso V á la conquista del trono de Castilla.

Mas no se desalentó Francisco de Valdés, antes unido con Pedro de Mazariegos, regidor como él, concertó secretamente con los Reyes Católicos residentes á la sazón en Burgos, entregarles la ciudad y hasta la princesa y el rey su tío; con cuyo objeto D. Fernando, echada la voz de que yacía enfermo de peligro y cerrada á todo el mundo su cámara, púsose en marcha con la mayor celeridad y recato, y al llegar á Valladolid supo que los tratos habían sido descubiertos. Con efecto, perecieron en el suplicio á 30 de Noviembre por orden del rey de Portugal cuatro hombres cuya calidad y nombre no se expresa (1); y no obstante á los tres días Valdés y Mazariegos, no sabemos si por sorpresa ó á viva fuerza ó por algún derecho que les confiriera su oficio, recobraron las torres del puente y enarbolaron la bandera de Isabel. Tan pronto como se alzó, vióse cercada y combatida la más próxima á la ciudad por los portugueses y sus partidarios, que lograron no sin sufrir grandes pérdidas quemar las puertas y derribarlas; pero detrás de ellas tropezaron con una trinchera tan fuerte como si fuese de cantería. Llovían desde arriba las piedras sobre los apiñados sitiadores, y coincidiendo por aquellos años de transición las antiguas y las nuevas armas

(1) Nos referimos al cronicón de Valladolid otras veces citado en esta obra, publicado en el tomo XIII de los *Documentos inéditos*.



de la milicia, mezclábanse los tiros de pólvora con los dardos y saetas: caían al río desplomados los muertos y los moribundos, enrojecíase el agua, el aire se oscurecía, oscilaba la rojiza luz del fuego alumbrando la encarnizada pelea. Trémulo de coraje el rey de Portugal alentaba con recia voz á los suyos, y veía sucumbir al pié de la torre fatal, con malogrado denuedo, á sus criados y oficiales más queridos, hasta que las súplicas de un anciano caballero y las instancias del sagaz Carrillo, arzobispo de Toledo, que preveía la próxima llegada del Rey Católico en auxilio de los cercados, le movieron á hora de vísperas á mandar la retirada. Á pesar de conservarse por él el fuerte alcázar, no se tuvo por seguro dentro de la ciudad donde prevalecían en número sus contrarios; y en la noche que siguió á aquel turbulento día 3 de Diciembre, puesta á seguro en el castillo su recámara, salió para Toro con gran mengua de su reputación, llevándose á la princesa y al arzobispo y á los más comprometidos por su causa.

Á la mañana siguiente no se oían en Zamora más que vítores á Isabel y Fernando, é incorporados los moradores á la gente que trajo á toda prisa de sus lugares el comendador Pedro de Ledesma, estrecharon á trescientos hombres que habían quedado de la guarnición portuguesa, y que para evitar aquella furia se encastillaron con su capitán Chichorro en la robusta catedral dándose la mano con el alcázar. Comenzaba ya el capitán Álvaro de Mendoza á batir el sagrado edificio, cuando llegó á marcha forzada desde Valladolid el rey Fernando y les admitió á capitulación permitiéndoles irse á reunir con su ejército. Atendióse en seguida exclusivamente al sitio del alcázar, á aislarlo de la ciudad por medio de gruesas tapias ó palenques, á rodearlo por fuera de profundas cavas para que no pudiera ser socorrido, á asentar contra él once *estancias* ó baluartes bien provistos de gente y de artillería. Tres ingenios lo fatigaban con incesantes disparos, y con el tren de batir acercáronse á sus muros dos lombardas superiores en calibre á la famosa Sangüesa del duque

de Alba (1). Todo lo arrostraba su alcaide Alonso de Valencia sostenido por la esperanza de pronto auxilio y por los consejos del chantre su tío (2), que no era el único en manejar las armas *harto más de lo que su hábito requería,* pues también en las opuestas filas el canónigo Diego Ocampo en odio de aquel prepotente linaje hizo á sus expensas un trabuco y causó á los de dentro terribles estragos.

Dos meses y medio pasaron de esta suerte, en que el rey de Portugal desde Toro y el de Castilla desde Zamora se tendían sorpresas y emboscadas, y se acercaban recíprocamente al pié de los muros enemigos para espiar un momento de descuido, y hacían teatro de reñidas escaramuzas el trecho que media entre las dos ciudades como ensayando la gran batalla definitiva. Reforzado el primero con las tropas de su hijo el príncipe D. Juan, apareció en 19 de Febrero de 1476 sobre la opuesta orilla del Duero, privándole este errado movimiento de atacar la población y de socorrer el castillo sin tomar antes el puente que defendía Valdés con su valor acostumbrado. Sitiadoras y sitiadas á su vez entrambas huestes combatían á un tiempo dos fortalezas, los castellanos el alcázar para el cual se había trocado en padrastro la torre de la catedral que antes le servía de tutela, los portugueses el torreón exterior del puente embestido con tanto ímpetu como en la otra jornada su compañero. Pero aunque encerrados los últimos en campo atrincherado, y alojado su rey en el convento de San Francisco, con los fríos y las continuas hostilidades de la caballería ligera y los tiros disparados desde la ciudad, su situación se hacía intolerable. Corrían entretanto secretas pláticas de paz, y una noche en que los dos regios com-

(1) Así dice Zurita, cuya narración calcada generalmente sobre la de Hernán Pérez del Pulgar es la más completa que poseemos de estos sucesos... Algunos incidentes nos suministra sin embargo la que inserta Novoa, tomada de la crónica de armería titulada *Selva y vergel de nobles*, que escribió en 1553 Diego Noguerol y cuyo manuscrito se guardaba en el archivo del marqués de Cardeñosa.

(2) Llamábase D. Gonzalo y tuvo larga descendencia que trae el historiador de la casa de Lara. Zurita le hace hermano y no tío de D. Alonso, pero en este punto creemos mejor informado á Salazar.



petidores habían acordado verse á solas en medio del río, confiaba ya D. Alonso lograr su intento de añadir á su reino el de Galicia y el distrito de Zamora y Toro; mas por la rápida corriente ó por impericia de los remeros no pudieron juntarse las dos barcas, y acaso sin este incidente Zamora fuera hoy día portuguesa.

Al amanecer el 1.° de Marzo vióse desde las murallas el hueco dejado por el campamento enemigo. Por mucha prisa que se dió D. Fernando á volar en su persecución, la estrechez del puente y el estorbo de las vallas y trincheras le impidieron ordenar sus haces y alcanzar al ejército portugués hasta á dos leguas de distancia. Lo que pasó en aquella batalla, que aseguró á los Reyes Católicos el cetro, y que con opuesto resultado tan distinto rumbo habría impreso á la España y á la Europa entera, lo reservamos para la historia de Toro que le ha comunicado su nombre: baste aquí consignar la gloria de que allí se cubrieron los zamoranos peleando en la división de Pedro de Ledesma y metiéndose con su bandera encarnada en lo más encendido de la lucha. Escoltada por otras ocho tomadas al enemigo volvió á la ciudad la triunfal enseña, en la cual el Rey Católico por su mano añadió una banda de tafetán verde llamada *de la esmeralda* á las ocho rojas que la absurda heráldica deriva nada menos que del tiempo de Viriato (1). Todavía fué menester el valor y

(1) El rey de armas Gracia Dei, á quien se dice encargó el monarca formar el escudo de Zamora, lo describe de esta suerte:

La noble seña sin falta
Bermeja de nueve puntas,
De esmeralda la más alta,
Que Viriato puso juntas,
En campo blanco se esmalta.
¿Quién es esta gran señora?
La Numantina Zamora, etc.

En la arenga que pone Noguerol en boca del comendador Ledesma se atribuye al blasón de la ciudad el mismo origen que á la etimología de su nombre, aludiendo á la fábula de la vaca negra. «Con la vuestra famosa seña bermeja, les dice, heredada de aquel fuerte vaquero su primero inventor, derramastes aquella multitud de sangre que aun no está enjuta ni desferrada de las verdes yervas.»